

ualidades de precisión, de sobriedad, de energía, que en el retiro del gabinete no se adquieren con tanta facilidad. Muy probablemente, aquel casticismo impecable, aquella sobria pureza con que Pi llegó á escribir en sus últimos años—Pi, el romántico colaborador de Piferrer en los *Recuerdos y bellezas de España*—se debió á la labor continua del periódico. En Calderón se produjo lo mismo, á mi entender; caso aparte de la disciplina que recibió su pluma en la acomodación á las exigencias didácticas de algunos de sus libros.

Ello es que, desde la expresión todavía vacilante del estudio sobre el *Movimiento novísimo de la Filosofía natural*, á los artículos coleccionados en *Nonadas*, en *Á punta de pluma*, etc., hay una gran distancia y un progreso evidente. El Calderón de los artículos es un clásico, uno de los escritores modernos que con más graciosa majestad, con más sencilla y sólida sintaxis han manejado el habla castellana. Su corrección no es fría y académica, sino animada, viva, rebosante de pensamiento, que encuentra siempre la expresión limpia y adecuada que le corresponde. No se embarulla nunca, no tropieza, no se diluye en inútiles arabescos. Recuerda á veces á Gracián en la sobriedad precisa, no en los recodos conceptuosos ó gongorinos; á veces á Voltaire, en los giros irónicos de una exquisita finura, cuyo secreto también tuvo Valera. Y todo ese hermoso decir que toca en la elocuencia cuando el asunto lo pide, sirve de vehículo admirable á un pensamiento siempre alto, generoso, humano, manifestación de uno de los espíritus más buenos y dulces que han vivido en la España de hoy, tan propicia á la exasperación, al apasionamiento ó al pesimismo que acaba por no creer más que en el mal.

Nuestra enseñanza

I

La Extensión universitaria

Uno de los hombres de talento más varonil y profundo que en España tenemos, conocedor como nadie de nuestra Historia interna en sus manifestaciones más íntimas, en sus elementos psicológicos más fundamentales—Joaquín Costa, para decirlo de una vez—, estima que entre las leyes del alma nacional debe considerarse como probada la del cansancio rápido en toda empresa, en todo esfuerzo, individual ó colectivo. Ese cansancio prematuro hace infructuosas las iniciativas del espíritu español que, por ironía de la suerte, es al propio tiempo uno de los más despiertos y agudos que se conocen, dotado de viva intuición con que se adelanta á los tiempos y siembra ideas y novedades cuyo fruto nunca es él quien recoge.

Costa apoya su afirmación con grandísimo número de ejemplos, en su mayoría indiscutibles. Séalo ó no también la conclusión que de ellos saca, no cabe duda que la opinión general piensa como Costa y confía poquisimo en el *esprit de suite*, en la *firme y constante* voluntad y afición de los españoles de España, en punto á cualquier empeño, ya ideal, ya práctico. Siempre que aquí se inicia algo plausible, las gentes se preguntan recelosas: «¿Durará mucho?» Y como los hechos les dicen á menudo que no, el pesimismo

aumenta de día en día. Con esto, es mucho más grato comprobar que, algunas veces, el pesimismo general se equivoca; y una de esas equivocaciones parece darse ahora en lo que se refiere á la Extensión universitaria.

Cuando la inició, en 1898, la Universidad de Oviedo, pudo creerse que sería un ensayo aislado de vida corta por falta de ambiente y, desde luego, sin probable difusión en el país (1). La creencia fué afirmándose en los años siguientes, por lo que toca á esto último, con excepción de lo que hacían esperar las conferencias de Barcelona y Zaragoza. En cambio, nuestro medio regional se mostró favorable á la novedad. Las clases intelectuales, la burguesía, los obreros, entraron resueltamente en la Extensión y la ayudaron con su simpatía, y lo que vale más, con su asistencia, cada vez más numerosa. ¡Había público! Y ese público era constante, era entusiasta, acudía á oír lecciones y conferencias, haciendo esfuerzos para asimilarse lo que, á veces, su falta de preparación no le permitía entender de lleno; y no sólo acudía á los requerimientos de la Universidad, sino que pedía él mismo y á menudo indicaba hasta los temas que más habían de interesarle. En 1899 ya no fué sólo el público regional el patrocinador de la Extensión.

Una benemérita sociedad bilbaina, la *Asociación de defensa y fomento del Comercio y de la Industria*, se adhirió.

(1) La institución tenía, sin embargo, algunos precedentes en España, que si no respondían al espíritu mismo de la Extensión—que es cosa muy especial y característica—obedecían á un deseo de difundir la enseñanza superior en el público no universitario y constituían una preciosa base para todo empeño de esta índole. Basta recordar las conferencias dominicales que se dieron en la Universidad de Madrid siendo rector don Fernando de Castro. La de Zaragoza inauguró en 1893 «Cursos de conferencias universitarias», que continuaron durante varios años (aun después de 1898). La de Barcelona dió conferencias dominicales en 1897-98 y las continuó en 1898-99. En la misma de Oviedo no faltaban los precedentes de cursos de relativa vulgarización dados por catedráticos. (Véanse las Memorias publicadas por el secretario de la Extensión universitaria de Oviedo, señor Sela. Están reproducidas en los tomos de *Anales de la Universidad*.)

al pensamiento de la Universidad ovetense y llamó á sus profesores para que iniciasen en la industrial villa cántabra la misma obra que en Asturias. Bilbao respondió admirablemente: y como en Oviedo, como en Gijón, como en Avilés, etc., los oyentes de las lecciones fueron, mezclados en fraternal muchedumbre, burgueses grandes y pequeños, obreros y patronos, intelectuales y hombres incultos ganosos de remediar su incultura. Y nótese que, tanto en Bilbao como en Asturias, la mujer constituyó buena parte del público de la Extensión desde el primer momento.

Sin embargo, el ensayo bilbaino no arraigó, y por ese lado los pesimistas hallaron materia para sus lamentaciones. Empeño especial de los representantes de la Universidad que acudieron al llamamiento de la *Asociación del Comercio y de la Industria*, fué que continuasen las conferencias con elementos de la localidad, para que no se perdiese la iniciativa y para que la Extensión se convirtiera en una obra estable, nutrida con las fuerzas propias del país. Algo se hizo, pero sin que el *esprit de suite* lograra triunfar. Asturias quedó sola nuevamente, hasta 1901. En ese año la semilla depositada empezó á brotar á la vez en muchas partes. En Salamanca, en Valencia, en Santander, en Madrid, profesores universitarios y hombres de cultura emprendieron el establecimiento de la Extensión. En Santander se hizo efectivo (ya en 1902) sobre la base del público especial del Centro Obrero y con el concurso de algunos catedráticos del Instituto, de médicos, abogados y otras personas profesionales. En varios pueblos de Cáceres, Guadalajara, Castellón y Salamanca, el ejemplo fué imitado en forma de cursos populares dados por las personas más ilustradas de la localidad. En Oviedo, los obreros, además de acudir á las conferencias generales y á las de su Centro, respondieron de una manera altamente satisfactoria al ensayo de Universidad popular que comenzó en Octubre de 1901 con el establecimiento de seis cursos breves, de matrícula cerrada y gratuita, que permitieran una acción más directa é íntima sobre los oyentes que las

conferencias públicas hasta entonces dadas, sin matrícula y ante una concurrencia heterogénea y variable. El sistema de cursos—en vez de lecciones sueltas—se extendió rápidamente por Asturias.

En el curso de 1902 á 1903, la obra cundió por otros lados. En Valencia, el profesorado universitario estableció definitivamente la Extensión, y el insigne novelista Blasco Ibáñez creó una especie de Universidad popular inaugurada por Azcárate. La Asociación de Amigos de la Universidad de Granada se dispuso á hacer otro tanto en aquella capital. En Badajoz y en Huelva, otros elementos trabajaron en el mismo sentido, y en Barcelona, donde las conferencias dominicales habían cesado, una sociedad escolar, que contó desde los primeros momentos con el entusiasta apoyo del ilustre rector de la Universidad, doctor Rodríguez Méndez, y de varios profesores, dió el primer paso, que bien pronto se tradujo en la organización de secciones en la capital y en los Ateneos obreros de Gracia, Badalona y Mataró. Cataluña ha respondido de un modo admirable á esta iniciativa. Los centros á ella adheridos aumentaron de 1903 á 1904 y han dado nacimiento á una federación, que, presidida por el señor Rodríguez Méndez, no sólo asegura el porvenir de esta obra educativa, sino que la ha organizado de un modo que hace más fáciles y efectivas sus tareas (1). Los obreros de Bilbao, los universitarios de Sevilla y Salamanca, han entrado también en la corriente, y es de presumir que la seguirán en el curso que ahora empieza, ya inaugurado en Barcelona y en Oviedo (séptimo año).

Cierto es que al lado de estos aumentos, se han producido algunas bajas. La Universidad popular de Valencia y la Extensión universitaria, propiamente dicha, de aquella capital, han cesado, quiero creer que sólo momentánea-

(1) Todo este gran movimiento de educación popular ha desaparecido casi por completo en Cataluña, ó por lo menos se halla aletargado y moribundo. Las causas de esto, dícese que son políticas. Si así fuese, ¡gran favor ha hecho la política al pueblo!

mente. Zaragoza no continúa sus conferencias. Pero el hielo está roto; la clase obrera—en quien primeramente pensaron los que pueden llamarse progenitores de la Extensión en Europa, los profesores y alumnos de la inglesa Oxford—acoge cada día con más entusiasmo esta empresa de cultura. Tomándola en conjunto, su progreso es evidente, y la ley de la Historia de España que el señor Costa formuló, no parece cumplirse respecto de ella.

Regocijémonos y levantemos el ánimo á la esperanza, que pudiera desfallecer al considerar lo mucho que falta para que nuestra Extensión llegue á lo que es en Inglaterra, en Francia, en Italia. Con relación á Francia, recordaba el señor Sela, en su Memoria de 1902-1903 (1) que en ese mismo curso se explicaron más de 177.000 conferencias, con tres millones y medio de oyentes. ¡Cuánto camino nos queda todavía por andar!

*
*
*

Esta comparación debe servir para que no nos enorgullecamos excesivamente de nuestra obra, cuya modestia hemos de reconocer en todo momento. Quienes deseen hacer la comprobación de una manera fácil, tienen en la misma España literatura que les suministrará todos los datos necesarios. En primer término, el precioso libro de Buisson, *La educación popular de los adultos en Inglaterra*, traducido por mi compañero el profesor Adolfo Posada; luego, las Memorias ya citadas del señor Sela y la del pensionado de la Universidad de Oviedo en Francia y Bélgica, doctor Palacios, que estudia preferentemente la enseñanza post-escolar (2); por último, el reciente libro del catalán señor

(1) Extensión universitaria de Oviedo. Memoria del curso de 1902 á 1903, leída en el acto de la apertura del curso de 1903 á 1904.

(2) Capítulos de esta interesantísima Memoria se han publicado en los *Anales de la Universidad de Oviedo*, tomo II, y en varias revistas de Madrid. Véase también el libro del señor Palacios, *Las Universidades populares*, publicado por esta Casa Editorial.

Cebriá, *Instituciones de cultura social*, notable, no sólo por las muchas noticias que contiene, sino también por las reflexiones con que el autor las acompaña.

Pero en el extranjero, como aquí, no es oro todo lo que reluce, y conviene darse cuenta exacta de las cosas para apreciar su justo valor y aprender en los éxitos y en los fracasos del prójimo; quizá, también, para sacar de ello aunque sólo sea una chispa que nos conforte y anime en el propio camino.

Es indudable que—como ya apunté más arriba—las instituciones (muy variadas) en que ha ido cuajando la Extensión, tuvieron su origen en los *settlements* de Oxford, esencialmente populares. Los elementos universitarios que por primera vez se acercaron al pueblo de Londres para ofrecerle aquellas condiciones de vida espiritual que podían darle y que al pueblo le eran substancialmente necesarias, se dirigieron sin vacilación al público que creyeron más necesitado: al de los proletarios, al de los indigentes, á esa masa de los «barrios bajos» de Londres, cuya miseria pintó más de una vez con frase misericordiosa el novelista Dickens.

La Extensión universitaria empezó, pues, siendo una obra de intención popular, y su público, fundamentalmente, el público obrero. Para que así fuese, había razones por completo ajenas á todo interés de partido, á toda posición doctrinal en las cuestiones sociales y económicas que hoy dividen al mundo. Se escogió, simplemente, á los más necesitados, á los que menos podían, con medios propios, colmar las lagunas de la instrucción y la educación recibidas en los primeros años, si es que habían recibido alguna. Al propagarse la Extensión universitaria, tanto en Inglaterra como en el Continente, se produjo, sin embargo, una variación notable.

Acudió á ella la burguesía, la pequeña burguesía, cuya cultura es escasa y que, después de los años de escuela (y si acaso de Instituto ó Liceo), no encuentra modo de continuar su instrucción ó de afianzar la ya recibida. En algu-

nas partes acudió también la alta burguesía, y la Extensión se convirtió en una obra común, que de igual modo servía á todos los anhelosos de saber. Hubo países y localidades en que la diferenciación se produjo espontáneamente, en seguida: los obreros propiamente dichos acudieron á unos cursos ó conferencias; los burgueses á otros; pero hubo también sitios en que el público fué mezclado desde el primer momento, sin que se notasen lo más mínimo las diferencias de clase. Oviedo fué uno de esos sitios (1).

Pero sin negar en manera alguna que en la clase media de todos los países hay muchas gentes necesitadas de la instrucción y la educación postescolar, no puede menos de reconocerse que la necesidad sigue siendo mayor en los que carecen de medios materiales para obtener—aunque la deseen—la cultura, faltos también de la preparación escolar, que no es tan infrecuente en los que ocupan posiciones sociales superiores. De aquí que los *settlements* ingleses continúen con su carácter originario; que en el Continente se crearan las llamadas Universidades populares y que, alentando en todo momento la formación de los públicos mixtos (que tanta influencia han de tener en la creación de los hábitos de tolerancia y en el progreso de los sentimientos de solidaridad), el profesorado de la Extensión piense también en crear instituciones *especiales* para los obreros. Ahora bien; esas instituciones atraviesan por una grave crisis en algunos países de Europa. Esta crisis consiste en

(1) Se refiere esto á las conferencias que se dan en la Universidad y en algunas localidades de Asturias y también las de Santander; pero tomado en conjunto, nuestro público de la Extensión es predominantemente obrero y en muchas de las formas que aquella institución revisita en Asturias, es *exclusivamente* obrero, cosa que conviene repetir por lo mismo que algunos escritores españoles, ó por defecto de información ó por malicia, lo han callado ó negado. Véase lo que á este respecto dijo en un discurso leído ante la Universidad de Oviedo, en las fiestas de su tercer Centenario, el delegado de la Universidad de Oxford, Mr. Armstrong, quien comparó el carácter democrático, popular de nuestra Extensión, con la falta de público realmente obrero en la de Inglaterra.

lo siguiente: el obrero *no va* á los cursos de Extensión universitaria, ó va en número reducidísimo.

En Inglaterra—aparte los *settlements* mencionados—la Extensión ha sido, hasta mediados de 1903, exclusivamente burguesa. En Agosto de ese año se reunieron por primera vez, en Oxford, representantes de las *Trade unions*, de las cooperativas y de la *University Extension*, para constituir una asociación cuyo fin ha de ser «desarrollar la instrucción superior entre las clases obreras» (1). En Viena, la mayoría del público es burgués. En Francia, las Universidades populares languidecen. Nótanse en ellas dos cosas, de que se lamentaba no hace mucho un joven profesor parisién, á quien he tenido de huésped este verano (aunque por poco tiempo) en San Esteban de Pravia: el público que á ellas asiste no es propiamente obrero, sino de la *petite bourgeoisie*, y á lo sumo tiene algunos elementos de las clases obreras más cultas (verbigracia, los cajistas de imprenta); ese mismo público no acude con entusiasmo más que á las conferencias y cursos de carácter político ó *social*. Resultado: el obrero que más necesita de instrucción, no asiste á la Universidad, y los temas de cultura general atraen muy poco á los que van á aquélla. Lo primero es grave y hay que remediarlo, si no se quiere que todo el movimiento social de la Extensión pierda su eficacia. Lo segundo tiene explicación obvia: en el individuo y en las colectividades, el interés intelectual comienza siempre por las cuestiones que más afectan á la vida propia, á las luchas de momento. Cultivando discretamente ese interés se puede llegar á lo otro: á la instrucción desinteresada, ideal ó técnica.

Yo estoy seguro de que los franceses salvarán esa crisis y de que la reunión de Oxford dará sus frutos en Inglaterra (2). Peor sería que el doble fenómeno citado se hubiese

(1) Véase el artículo de V. H. Friedel, *La crise des U. P. hors de France* (núm. de Diciembre 1903, de la *Revue intern. de l'enseignement*).

(2) Los ha dado ya, en este sentido democrático. Véase el reciente libro *Oxford and Working-Class education*, Oxford, 1908, y el artículo *Oxford for the masses* publicado en *The Standard* de 24 Octubre 1908.

producido en España. Pero ¡oh misterios de la psicología colectiva! nuestro pueblo, más ignorante que el francés y el inglés, ha respondido muy de otro modo á la Extensión, á lo menos en las regiones cantábrica y mediterránea. Lo lógico parece que debió ser lo contrario. Las necesidades intelectuales se sienten en razón directa de la cultura; es sumamente difícil interesar en un tema que no sea muy *práctico* y muy ligado á los problemas del oficio ó profesión, á un obrero que sólo sabe leer y escribir, y á veces ni eso. Pues aquí ha ocurrido todo lo contrario. La inmensa mayoría del público catalán de la Extensión es obrera, verdaderamente obrera, y no sólo de la *aristocracia* de la clase. En Asturias sucede lo propio. Á las clases populares ó «Universidad popular» de Oviedo acuden los alumnos apenas salidos del taller y la fábrica, con la blusa del trabajo y las manos manchadas todavía del hierro ó de la cal. Son canteros, albañiles, metalúrgicos, carpinteros... de todos los oficios. En Trubia, en Mieres, en Sama, en la Felguera, en Gijón, ocurre lo mismo. En algunos de esos sitios los mineros acuden en gran número á oír las conferencias. ¿De qué temas? De todos: ciencias naturales, geografía, historia, literatura, economía, derecho... Hay más. Los profesores han tenido especial cuidado en que el programa de las lecciones lo formasen los mismos obreros, excitándoles á que indiquen las materias que más pueden interesarles; y hay que ver el resultado de esa selección en las Memorias del señor Sela. El *desinterés* de los asuntos es constante, y de él se deduce que los obreros quieren formar su cultura en todos los órdenes.

¿Cómo explicar esto? Yo se lo preguntaba, sinceramente sorprendido, al profesor francés de quien he hablado antes. ¿Cómo explicarse que una masa obrera cuya instrucción y educación ha estado casi totalmente abandonada durante tanto tiempo, responda mejor y más pronto que la de otros países al llamamiento de los intelectuales? Mi amigo aventuró hipótesis: quizá las condiciones del trabajo, que aquí permiten al obrero dedicar, con menos fatiga que en otras

partes, algunas horas á las labores de la inteligencia; quizá ese mismo hecho de haber contado directamente con la clase obrera, excitando su iniciativa para organizar las enseñanzas; tal vez (en esto insistió) el carácter dado á estas mismas, elemental, apropiado al estado del público y lo más parecido posible al carácter de una enseñanza primaria... de tipo europeo. Mi amigo comparaba el cuadro de los cursos de nuestra Universidad popular con el de otros países; lo encontraba más ajustado á la posición de un público ayuno de cultura y con el cual hay que empear... por el principio (1).

No sé. Pero el hecho, es hecho. Se ha producido, perdura... Es un dato animador. ¿Para cantar victoria?

Locos seríamos si tal hiciéramos. Nos falta una segunda comprobación de que en la masa obrera existe realmente la *perpetua y constante* voluntad necesaria para que la obra no se malogre. Si, como creo, las reformas intentadas en Inglaterra y Francia prosperan, veremos pronto que el público obrero crecerá allí en progresión enorme, sobrepasando los millones de oyentes actuales, en su mayoría de la clase media. Hay que ver si en España ocurre lo mismo, ó si el movimiento se detiene en una minoría (con relación á la masa total) que tiene conciencia de su estado y quiere ponerle remedio. Aunque así fuese, no cabe duda de que esto ofrecería una base admirable para despertar á los más y traerlos á la obra de cultura de la Extensión.

(1) Esta es también la opinión resuelta de E. Kahn en su libro *La question des Universités populaires* (Paris, 1902), en que habla de la Extensión universitaria de Oviedo.

II

La voz de la Universidad

Todos los años, el día 1.º de Octubre, las diez Universidades españolas, al reanudar sus trabajos celebrando la apertura de un nuevo curso, se ponen en comunicación directa con la sociedad, rompiendo su habitual aislamiento, y *coram populo* dicen sus quejas, sus esperanzas, sus propósitos, sus confesiones íntimas, ó revelan alguno de los resultados de la labor de los profesores y los alumnos. Tal es la significación de los discursos llamados «de apertura». Aunque en el turno de catedráticos encargados de redactar esos documentos vayan muchos tan sólo á cumplir un deber reglamentario, que de buena gana rechazarían, si pudiesen, ó á contribuir por simple obediencia á un acto que desdeñosamente califican de pura solemnidad, el efecto en el público (y claro es, sobre todo, en los hombres observadores) es ese que antes decía. Repasando la colección de los discursos aludidos, ó leyendo cada año los de las diez Universidades, una persona medianamente versada en asuntos de enseñanza puede hacer, con gran seguridad, el balance científico y pedagógico de nuestros centros docentes superiores.

Si el discurso versa sobre un asunto técnico—cosa muy frecuente—, dará la medida de la cultura general y especial del profesorado; si se refiere á un tema pedagógico, revelará algo quizá más importante para la orientación de la enseñanza: el modo como la entienden y la practican los encargados de ella.

Inútil creo advertir que un juicio definitivo no cabe